

Félix de Azara: Itinerario intelectual de un funcionario singular

María Celeste Mazzola



BOLETÍN DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE

Serie *Discursos Coloniales* N° 2
Catherine Poupény Hart (coord.)

Section d'Études hispaniques
Département de littératures et de langues modernes
Faculté des arts et des sciences
Université de Montréal

CAPÍTULO I

LA ILUSTRACIÓN EN ESPAÑA Y EN SUS DOMINIOS DE ULTRAMAR

Las expediciones científicas

El siglo XVIII significa para la Metrópoli y sus colonias el inicio de una importante etapa de reformas que introduce cambios en diferentes áreas de la actividad colonial. En el ámbito científico, se produce una notable reactivación tras largos años de “marginalidad, indiferencia y aislamiento” (Lafuente y Peset, 1988: 31) con respecto al resto de Europa. La situación heredada por los primeros Borbones “podría caracterizarse a grandes rasgos por la ausencia de instituciones o vehículos de difusión de las ideas comprometidas con la modernidad” (Lafuente y Peset, 1988: 31), en un estado demasiado debilitado política y financieramente para apoyar los deseos de recuperación de la sociedad española. En esta época, la Ilustración, fundada en el pensamiento racional y la observación empírica, genera en toda Europa gran interés por las ciencias exactas y naturales que, en España, se verán favorecidas por la transición dinástica y recibirán el impulso de un programa borbónico de protección y estímulo.

El anhelo de conocimientos promovido por la Ilustración y el programa político que inspira la gestión de gobierno de Carlos III, orientado a maximizar el aprovechamiento económico de las colonias, requieren el apoyo de investigaciones geográficas que aporten sólidos conocimientos sobre la realidad tanto metropolitana como de los territorios ultramarinos. Como bien constata Horacio Capel, “España, que con los trabajos de Esquivel, López de Velasco o Labaña había sido en el siglo XVI el primer estado europeo que concibió el proyecto de realizar una cartografía científica de sus territorios, fue incapaz luego de llevar a cabo dichos proyectos, mientras que otros países como Francia, los impulsaban decididamente desde mediados del XVII” (1988:101).

Tradicionalmente, en España, la institución encargada de efectuar los proyectos cartográficos era la Marina. “Su misión era la de asegurar la relación de las distintas partes del Imperio y la defensa naval del territorio, lo que suponía necesariamente un interés por las cartas náuticas de navegación y por el conocimiento exacto de las costas” (Capel, 1988:107). Además, se eligió a la Marina por tratarse de una corporación estructurada, que disponía de una formación científica rigurosa y de los medios técnicos precisos para realizar su cometido. Durante el reinado de Carlos III, “la labor cartográfica en las costas y mares del Imperio adquiere un ritmo cada vez

más intenso” extendiéndose al Mediterráneo, África, América, Filipinas, e incluso a las costas asiáticas (Capel, 1988:108).

Naturalmente, el objetivo principal de las expediciones fue la exploración de las costas americanas, sobre todo en sus extremos meridional y septentrional. El extremo sur de América daba acceso al Océano Pacífico, que por mucho tiempo había sido de dominio español, pero los viajes de marinos franceses (Frezier, en 1712-14 y Bougainville, en 1766) e ingleses (Anson, en 1740-44) permitieron a otras potencias europeas disponer de amplias informaciones sobre regiones que hasta entonces los españoles habían ocultado celosamente (Capel, 1988: 109).

Además de las consecuencias científicas y culturales que esta situación acarrea, la carencia de una cartografía propia obligaba a depender de la producción extranjera, con graves consecuencias políticas y militares, como fueron la utilización de cartas náuticas con errores probablemente intencionados o los reclamos de otras potencias sobre territorios del imperio, mal cartografiados (Capel, 1988: 100-101). Por otra parte, los viajes de circunnavegación del capitán inglés James Cook, en 1769, 1772 y 1776, y el del francés Jean François Galaup de La Pérouse, en 1785, “supusieron hitos decisivos en la organización de grandes expediciones marítimas para el estudio científico sistemático y el descubrimiento de la últimas tierras desconocidas” (Capel, 1988: 111).

España, no pudiendo sustraerse a esta carrera marítima sin perjuicio para sus intereses político-económicos y su prestigio político y cultural, impulsa numerosos viajes hacia las zonas marginales de sus colonias americanas que le eran aún semi-desconocidas³ a pesar de los siglos de dominación transcurridos y, por lo tanto, el terreno óptimo para el inicio de las actividades.

Durante todo el siglo XVIII y principios del XIX, se realizan numerosas expediciones científicas que contribuyen notablemente al desarrollo y divulgación de conocimientos acerca del territorio americano. Entre las más importantes mencionaremos la expedición de sabios franceses encabezada por Louis Godin, Pierre Bouguer y Charles-Marie de La Condamine que llega al Perú en 1735 para medir un arco de meridiano terrestre, y recorre la zona ecuatorial, recogiendo datos sobre la flora, fauna y población indígena del Amazonas. En este viaje participan, como representantes de la Corona española, dos jóvenes oficiales de marina, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, entre cuyas obras mencionaremos *Relación histórica del viaje a la América meridional*

³ En realidad, España pudo haberse beneficiado de una larga tradición de interrogatorios, efectuados desde el siglo XVI (las llamadas relaciones geográficas), así como de una multitud de informes redactados, por encargo o espontáneamente, por distintos funcionarios gubernamentales. Sin embargo, toda esta información, reservada e inaccesible al público, quedó muchas veces olvidada en los archivos. De ese modo, valiosos informes permanecieron ocultos y no contribuyeron a enriquecer la información general ni la reflexión geográfica (Capel, 1988:124).

(1748), *Observaciones astronómicas y físicas hechas en los reinos del Perú* (1748) y *Noticias secretas de América*⁴ (1826).

Otras expediciones promovidas por la Corona española para el mejor conocimiento de la naturaleza fueron la de Hipólito Ruiz y José Pavón, que recorre Perú y Chile entre 1777 y 1788 y cuyo legado es la publicación de *Florae Peruviana et Chilensis*; la de José Celestino Mutis, que desarrolla una importante tarea en el virreinato de Nueva Granada, entre los años 1787 y 1808; la de Martín Sessé, que llega a Nueva España con la misión de explorar las tierras de la América septentrional que se hallan bajo dominio español y cuyo fruto impreso son *Flora mexicana* y *Plantae Novae Hispaniae*; la de Alessandro Malaspina, efectuada entre 1789 y 1794, que explora las costas del Nuevo Mundo en su recorrido por los mares de América, Asia y Oceanía y realiza un invaluable aporte científico, económico y político.

Pero el más prestigioso de todos los viajeros ilustrados es Alexander von Humboldt quien, en compañía de Aimé Bonpland, recorre, entre 1799 y 1804, gran parte de los territorios de Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú, Cuba y México. Esta es la última expedición con propósitos científicos permitida por la Metrópoli (aunque no promovida por ella) y la que obtiene mayor difusión. La información reunida en este viaje, y consignada en una gran obra compuesta por 34 tomos, difunde la información más exacta y completa sobre los recursos de las colonias americanas, contribuye a la revalorización e inserción de América en el escenario mundial y promueve el surgimiento de una identidad americana diferenciada al poner en evidencia la importancia y variedad de la naturaleza y revelar la singularidad del continente (Saladino García, 1996: 49-54).

Antes de proseguir, es importante aclarar que en esta breve enumeración de viajes, sólo hemos mencionado alguno de los títulos que integran la vasta producción escrita, elaborada en el marco de las expediciones científicas, y cuya influencia se extendió a ambos lados del Atlántico.

La exploración de las regiones interiores

Como sabemos, la penetración y exploración de los territorios que integraban el imperio español se efectuaron siguiendo derroteros establecidos en base a prioridades variables de acuerdo a las épocas. En el siglo XVIII la botánica es la ciencia dominante y su estudio el motor de las expediciones científicas y un incentivo para que los gobiernos costeen dichas empresas

⁴ Recién en 1826, se publican, bajo el título de *Noticias secretas de América*, partes del informe elaborado por Antonio de Ulloa y Jorge Juan, consideradas muy críticas con la administración y declaradas secretas por el gobierno español.

especulando con las riquezas que el reino vegetal puede ofrecer a la economía, la agricultura o la farmacología. El deseo de los científicos de encontrar nuevas especies vegetales, unido al interés económico de obtener bálsamos, materias colorantes, maderas y quinas, guían las expediciones a las regiones tropicales y a los países andinos, dejando relegadas las extensas llanuras pampeanas (Álvarez López, 1952: 6), que sólo atraerán el interés peninsular cuando contingencias de la política exterior requieran el trazado cartográfico de las regiones interiores del imperio.

Esto ocurre, efectivamente, cuando las autoridades españolas y lusitanas deciden poner fin a sus desavenencias dando cumplimiento a lo establecido en sucesivos tratados que culminaron con el de San Ildefonso. Este Tratado Preliminar, firmado el 1 de octubre de 1777, por el conde de Floridablanca y Francisco Inocencio de Souza Coutinho, y ratificado por la Paz del Pardo en 1778, fijaba las bases para resolver el litigio y solicitaba la creación de una comisión demarcadora bipartita que fijara las fronteras entre las posesiones americanas de ambas coronas.

España designa, entonces, comisiones encargadas del estudio geográfico de los territorios y de la determinación de límites. Para formarlas, recurre nuevamente a la excelente formación cosmográfica de los marinos aunque, en este caso, participan también otros individuos que, como Félix de Azara, no pertenecen a ese cuerpo (Capel, 1988: 107-118).

El personaje: Félix de Azara

Félix de Azara nace el 18 de mayo de 1742⁵, en Barbuñales, provincia de Huesca, en el seno de una familia ilustre e influyente. Sus padres, D. Alejandro de Azara y Loscertales, señor de Lizana, y doña María de Perera, procrearon una nutrida y brillante descendencia. Efectivamente, todos sus vástagos, a los que proporcionaron una educación esmerada, se convirtieron en destacadas figuras de la política, la religión o la ciencia españolas. Eustaquio fue Obispo de Barcelona; José Nicolás, marqués de Nibbiano, muy vinculado a su hermano Félix y responsable inicialmente de la difusión de su obra, fue un eminente diplomático y hombre de letras, embajador de su país durante los reinados de Carlos III y Carlos IV, primeramente en Roma y más tarde en París, donde se destacó por su notable actuación durante la época napoleónica; Lorenzo presidió el Cabildo de la Catedral de Huesca; Mateo ocupó el cargo de Oidor en la Audiencia de Barcelona y Francisco Antonio se desempeñó como Corregidor de la ciudad de Isuela. Por su parte Mariana, la única mujer, fue la madre de Eusebio Bardají y Azara,

⁵ Félix Francisco José Pedro de Azara y Perera (Barbuñales, 1742 – 1821). Conocemos la fecha exacta de su nacimiento gracias a Enrique Álvarez López, quien transcribe la partida de bautismo de Azara (Álvarez López, 1952: 9). Hasta entonces, se consideraba 1746 como el año de su nacimiento por ser la fecha dada por Walckenaer, su primer biógrafo y amigo.

diplomático y ministro de Estado durante el reinado de Fernando VII (Álvarez López, 1935:10 / González, 1943: XII-XIII).

El tercer hijo del matrimonio, Félix, de cuya niñez no se conocen muchos detalles, realiza sus primeros estudios en la casa paterna y más tarde, entre 1757 y 1761, adquiere vastos conocimientos de legislación y filosofía en la Universidad de Huesca. Importante en la educación de Félix es la participación de su tío paterno, don Mamés, maestrescuela de la catedral oscense y canónigo de sólidos conocimientos humanísticos, que lo aloja en su casa durante su permanencia en esa ciudad y se ocupa de la educación de su sobrino con el mismo esmero que pusiera en la instrucción de José Nicolás.

Finalizados sus estudios, y aunque su familia esperaba verlo elegir una profesión humanística y sobresalir en el ámbito de las letras como su hermano José Nicolás, Félix elige la carrera de las armas y se inscribe en la Academia Militar de Barcelona luego de haber sido rechazado en el Colegio de Segovia porque una real orden prohibió el ingreso al establecimiento a los aspirantes mayores de dieciocho años, edad que Félix excedía (Álvarez López, 1935:11 / González, 1943: XIII).

En Barcelona, se encuentra por primera vez con José Nicolás, quien había partido a estudiar a Salamanca a los quince años, cuando Félix tenía sólo unos pocos días. Esta breve entrevista de dos días tiene lugar gracias a que José Nicolás, diplomático en la Santa Sede y en camino hacia Roma, se detiene en la ciudad llevado por el deseo de conocer a su hermano. Aunque no volverían a verse hasta pasados treinta y cinco años, cada uno guardó un entrañable cariño hacia el otro, manteniéndose informados mutuamente por vía epistolar (González, 1943: XIV).

En la Academia Militar de Barcelona, Félix realiza estudios superiores de matemáticas; “estudios tan de su agrado –dice su biógrafo Castellano de Losada–, que a los nueve meses fue examinado, y encontrándolo perfectamente impuesto, lo pasaron al tercer año, ascenso extraordinario, que además de admirar a sus maestros dio a conocer su genio y capacidad” (González, 1943: XIII-XIV). Egresó de la academia militar en 1767, con el grado de Subteniente de Infantería, el título de Ingeniero Delineador de los Ejércitos Nacionales, Plazas y Fronteras, y una formación sólida y moderna (Álvarez López, 1935: 11-13 / González, 1943: XIII-XIV).

Durante varios años realiza diversos trabajos de ingeniería en ríos y fortificaciones españoles, que merecen el reconocimiento de sus superiores a la vez que lo mantienen alejado de la práctica militar. En 1775 participa en la guerra contra Argel; es herido en las operaciones de desembarco y salvado por un marinero que lo recoge en la playa y le extrae la gruesa bala de cobre que le atravesara el tórax, casi por completo (Álvarez López, 1935: 13-14/ González, 1943: XIV-XV).

A su regreso a España, es ascendido a “teniente de Ingenieros y dos meses más tarde, en febrero de 1776, a capitán de Infantería, con el título de ingeniero extraordinario” (Álvarez López, 1935: 15-16). En el mismo año, se funda la Sociedad Económica Aragonesa, corporación que lo nombra como uno de sus miembros, probando así que “su reputación en este orden de estudios era ya entonces considerable” (Álvarez López, 1935:16).

Poco se conoce sobre su vida en los años siguientes. Sólo sabemos que, en septiembre de 1780, encontrándose en la guarnición de San Sebastián, y ya con el grado de teniente coronel de Ingenieros, recibe la orden de trasladarse a América del Sur para cumplir las tareas de demarcación antes mencionadas, cargo para el que fue elegido por Carlos III considerando su capacidad científica y su brillante desempeño en todas las tareas que le fueron encomendadas (Álvarez López, 1935:14-17 / González, 1943: XV-XVII).

El 19 de enero de 1781 parte de Lisboa rumbo al Río de la Plata, embarcado en un buque lusitano a causa de la guerra declarada entre España e Inglaterra. Durante el viaje recibe un nuevo ascenso, hecho que el mismo Azara relata de esta manera:

[...] por un despacho que se abrió al pasar la Línea, supe que el Rey me había nombrado capitán de fragata, porque había juzgado conveniente que fuéramos todos oficiales de Marina. (Álvarez López, 1935: 17)

Luego de un viaje sin contratiempos, hacen una escala en Río de Janeiro donde el capitán de navío José Varela y Ulloa, jefe de los demarcadores, se entrevista con el virrey portugués, antes de dirigirse a su destino final (Álvarez López, 1935: 17-18).

Azara en América

A su arribo al Río de la Plata, permanece algún tiempo en Montevideo, lugar de su desembarco, hasta ser enviado por el virrey español Vertiz a Río Grande de San Pedro, para coordinar con las autoridades lusitanas el comienzo de las tareas de delimitación de fronteras.

Cuando Azara llega a Buenos Aires, luego de terminar su comisión en el Río Grande, encuentra que el virrey había dividido la zona por delimitar y formado cuatro partidas demarcadoras, a cargo de las cuales estarían el capitán de navío José Varela y Ulloa, el capitán de fragata Diego de Alvear, el capitán de fragata Félix de Azara y el teniente de navío Juan Francisco Aguirre. La tercera partida, comandada por Azara, estaba integrada además por el teniente de navío Martín Boneo, como ayudante del comisario y el ingeniero Pedro Cerviño, entre

otros, quienes se convertirían en amigos e invaluablees colaboradores de su superior (González, 1943: XXI).

Con el nombramiento de Primer Comisario de la Tercera División Demarcadora es destinado a Asunción, en Paraguay, lugar en el que permanecerá desde 1784 hasta 1796 para, según sus palabras, “fijar conjuntamente con los comisarios portugueses, y con arreglo al Tratado Preliminar de Paz de 1777, la línea de demarcación de nuestras posesiones respectivas” (Azara, *Memoria*⁶, p. XVIII), tarea que, en realidad, nunca llegó a efectuarse. A pesar de la importancia de la misión, la metrópoli no brindó un verdadero apoyo a sus enviados y en repetidas ocasiones Azara se encontró solo, carente de instrucciones y de apoyo gubernamental, sin contar con que esperó durante años a la delegación portuguesa que con continuas estratagemas dilatorias postergaba el trazado de una frontera definitiva.

Este era un método utilizado por los portugueses desde el inicio de las desavenencias hispano-lusitanas. Lo que los recursos legales no les proporcionaron en materia territorial, los portugueses trataron de conseguirlo recurriendo a la habilidad diplomática y a la infiltración de los *bandeirantes*⁷ en el territorio no explorado aún por los españoles y donde la única resistencia que se les ofrecía provenía de las reducciones jesuíticas y de algunos miembros de la orden franciscana establecidos en la región. Contribuyeron también a las pretensiones hegemónicas lusitanas los comerciantes portugueses que intentaban abrirse paso hacia Potosí y que introducían en el territorio español diversos productos de contrabando, con más rapidez y menos costo que los que llegaban desde España, pasando por Perú.

Julio César González, en la “Noticia biográfica” que introduce la *Memoria sobre el Estado Rural del Río de la Plata...*, destaca la “hábil política diplomática de Portugal que arrolló a la española, por agilidad en el planteamiento de los problemas, audacia en las compensaciones territoriales y clarividencia en el significado económico-político de las tierras en disputa” (González, 1943: X). Para contrarrestar la astucia portuguesa, los españoles adoptan una política defensiva que comprende diferentes aspectos: el administrativo o económico, la organización militar, la fundación de ciudades, etc.

La rivalidad entre ambas potencias coloniales impulsa también el conocimiento “del territorio, su clima, el reino animal y vegetal, el régimen de sus ríos, los habitantes de la región, sus usos y costumbres” (González, 1943: X) y justifica que “las instrucciones dadas a los

⁶ En la referencia de las citas, para facilitar la lectura, identificaremos las obras de Azara por la palabra con que comienza el título.

⁷ *Bandeirantes*: término portugués usado en Brasil para designar a grupos armados de aventureros que organizaban incursiones al interior del territorio en busca de esclavos indios, oro y piedras preciosas. Las *bandeiras* iniciaron sus actividades en 1590 y alcanzaron su auge de dominio y expansión durante el siglo XVII y la primera mitad del XVIII.

demarcadores incluyeran no sólo la realización de las observaciones astronómicas y geodésicas conducentes a los levantamientos cartográficos de los extensos territorios objeto de litigio, sino también la realización de trabajos muy variados de carácter científico y corográfico. Según dichas instrucciones, las relaciones que elaboraran debían incluir: 1) las tareas de demarcación y las controversias entre los demarcadores; 2) las observaciones de geografía astronómica y matemática, y 3) las observaciones de física y de historia natural” (Capel, 1988: 113).

Dado lo ingente de la tarea y el hecho de que ciertas investigaciones estaban muy alejadas de la capacitación profesional de los comisionados, en muchas oportunidades no se lograba concretarla en su totalidad. No fue éste el caso de Azara, cuyo espíritu dinámico lo lleva a convertirse en naturalista, geógrafo, cartógrafo e historiador de la región, sin descuidar su misión específica.

Azara ocupa sus primeros días en Asunción en el estudio de los antecedentes que había reunido sobre la demarcación; luego se dedica a ultimar los detalles para el apresto definitivo de la partida que acababa de llegar, pero más tarde se encuentra inmovilizado por la ausencia de la comisión portuguesa sin la cual era imposible comenzar la labor demarcatoria (González, 1943: XXIV). Pronto comprende que su espera será prolongada. Inquieto por la paralización a que lo obligan las tareas oficiales que nunca se inician y sin instrucciones especiales que contemplaran esta situación : “me vi precisado –dice– a meditar sobre la elección de algún objeto que ocupase mi detención con utilidad. Desde luego vi que lo que convenía a mi profesión y circunstancia era acopiar elementos para hacer una buena carta o mapa [...]” (Azara, cit. en González, 1943: XXIV).

Aunque, como acabamos de ver, su primer objetivo consiste en hacer un mapa exacto de toda la región (no solamente de la zona fronteriza) porque, nos dice, “esta era mi profesión y tenía los instrumentos necesarios” (Azara, *Viajes*: 40), amplía luego su proyecto, según lo explica en su introducción a la *Descripción*:

No se limitó mi atención a hacer dicho mapa, porque hallándome en un país vastísimo, sin libros ni cosas capaces de distraer la ociosidad, me dediqué los veinte años de mi demora por allá a observar los objetos que se ofrecían a mis ojos en aquellos ratos que lo permitían las comisiones del gobierno, los asuntos geográficos y la fatiga [...]. (Azara, *Descripción*: 4-5)

Consideraba que su idea era buena pero no ignoraba que para llevarla a cabo debería sortear varios inconvenientes. Decide, finalmente, efectuar cortas excursiones al interior para conocer la región, partiendo por pocos días, de manera extraoficial y autofinanciando sus gastos, provisto de los instrumentos de medición que no fueran indispensables para la demarcación

proyectada, evitando así el riesgo de inutilizar los sensibles aparatos astronómicos que, según sus palabras, “no tienen aquí reemplazo ni compostura” (Azara, cit. en González: XXV).

Su escaso equipaje le facilita los desplazamientos pero lo obliga a tolerar privaciones e incomodidades. Trata de determinar las latitudes mediante la observación del cielo diurno y nocturno, apunta los elementos necesarios para hacer el mapa de la región, anota datos interesantes sobre la geografía, describe la flora, la fauna, los grupos indígenas que encuentra en su camino y todo lo que pudiera conducir al mejor conocimiento del país y sus habitantes.

Durante su permanencia en distintas ciudades, completa los datos obtenidos en las expediciones con investigaciones que realiza en los archivos oficiales. En estas búsquedas constata que los libros de historia que tomara como referencia no siempre coinciden con los documentos que consulta ni contienen bastante información sobre los habitantes originarios del país. Esto lo determina a escribir también la historia del descubrimiento y la conquista, corrigiendo los errores detectados en las de sus predecesores.

En los apuntes que toma durante los viajes se basará más tarde para escribir obras que serán muy valoradas en Europa por el rigor de sus observaciones, los métodos de clasificación empleados y las teorías propuestas. Azara cuenta con una formación militar, conocimientos sobre matemáticas y ciencias pero carece de una preparación adecuada como naturalista y trata de suplirla con la descripción minuciosa de los ejemplares que estudia. No ignorando sus limitaciones, desea consultar la obra de Buffon, importante naturalista de la época, pero cuando la recibe en 1796, ya había elaborado su propio sistema de clasificación y basándose en él, había catalogado más de 400 aves y escrito *Apuntamientos para la Historia Natural de los pájaros del Paraguay y Río de la Plata*.

Entusiasmado, comienza a leer esos libros “creyendo serían los mejores del mundo” (Azara, cit. en Álvarez López, 1935: 70). Pero al examinar la obra del sabio francés, Azara constata que Buffon no conoce muchas especies americanas o que emite afirmaciones erróneas sobre algunas de ellas por haberlas visto deterioradas a causa del traslado y la mala conservación, llegando incluso a multiplicar las especies o a agrupar especímenes diferentes en una misma clasificación. Por su parte, nuestro naturalista autodidacta no sólo presenta en su obra un importante número de ejemplares desconocidos hasta ese momento y enmienda los errores de Buffon sino que, además, es el primero en aportar valiosas observaciones sobre el comportamiento y el medio natural en que se desarrollan los animales.

En 1796, como las actividades demarcadoras continuaban paralizadas por la ausencia de los portugueses, el virrey Melo de Portugal le confía el mando de la frontera sur de Buenos Aires y le ordena reconocer la región habitada por los indios pampas para extender las fronteras españolas

en esa dirección. A este efecto, el virrey le otorga “todas las facultades respectivas, en calidad de comandante general de la expedición” (González, 1943: LXI) y designa para acompañarlo al ingeniero geógrafo Pedro Cerviño y al piloto Juan de Insiarte, quienes debían confeccionar un diario desde su salida hasta el regreso, con los planos de los terrenos que juzgaran convenientes para el emplazamiento de las futuras poblaciones o fuertes. Completaban la expedición el comandante de la frontera, Nicolás de la Quintana, oficiales militares de distintos rangos, cien hombres del cuerpo de blandengues⁸, milicianos, baqueanos intérpretes, peones y varias carretas con víveres (González, 1943: LXI).

Como resultado de su misión, Azara eleva al virrey un extenso y detallado informe sobre la situación de la región reconocida en el que enumera los beneficios económicos que resultarían del avance de la frontera; propone el emplazamiento de los fuertes y fortines en el nuevo límite establecido, la forma, los edificios que deberían constituirlo y su costo; el número de soldados que convendría asignar a cada uno de ellos, así como la mejor manera de poblar las tierras ganadas por este medio. Siempre guiado por su espíritu práctico y sus deseos de evitar gastos innecesarios, hace algunas observaciones sobre el sistema de defensa existente:

He visto con no poca admiración que el que dirigió los actuales [fuertes], los delineó por las reglas de arquitectura militar, dictadas por el famoso Vauban; con baluartes y sus flancos arreglados, circundándolos de estacada y foso, gastando en todo mucha plata y tiempo inútilmente. Nuestros enemigos en la frontera no han sido ni pueden ser sino indios de a caballo, armados de bolas y lanza. Esto supuesto, para que la gente esté segura en nuestras guardias, fuertes y fortines, basta que tengan un cuadrilongo de simple estacada, porque no lo han de romper bolas ni lanzas, mucho menos defendiéndolas con armas de fuego. Todos los fuertes de la frontera del Paraguay no son más de lo dicho, ni aún la mitad, como V. E. no lo ignora. El aumentar obras y costos [...] es cosa que no cabe en buen juicio. (Azara, *Memoria*: 170)

El poblamiento de las tierras recientemente conseguidas es el método más eficaz de conservarlas bajo el dominio español, pero Azara no es indiferente a la suerte de los hombres que deberán habitarlas. Se preocupa por el bienestar de los blandengues y, considerando que el servicio que se les impone es inhumano, propone ciertas modificaciones en los métodos de exploración y defensa utilizados, con el propósito de evitar muertes inútiles. También desaconseja la utilización de la fuerza para reunir nuevos pobladores. Estos pueden conseguirse asignando a la frontera a los soldados casados y dando prioridad a los paisanos con familia, a todos los cuales debería otorgársele la propiedad de las tierras en las que fueran a residir. Indica además que, para

⁸ Blandengues: cuerpo de milicias criollas creado, en 1751, en el virreinato del Río de la Plata con el fin de vigilar y defender las fronteras, especialmente de los continuos ataques de los indios pampas.

proteger a la población civil de los ataques indígenas, convendría fundar “las villas situándolas detrás y pegadas a los fuertes [...] En esta disposición no necesitarán las villas, muros, estacadas ni foso, porque estando pegadas al fuerte y custodiadas por 75 blandengues, nada habrá que temer” (Azara, *Memoria*: 174).

Una vez cumplida su comisión en la frontera sur de Buenos Aires, las autoridades le otorgan una autorización para visitar todas las posesiones españolas que se extienden al sur de los ríos de la Plata y Paraná, viaje en el que obtiene nuevas informaciones, que sumadas a los conocimientos ya adquiridos en Paraguay, le permitirán redactar la *Descripción*.

Aunque no se han podido determinar exactamente los territorios recorridos por Azara en ese viaje, conocemos parte de sus actividades por sus propias declaraciones. En su Introducción a *Viajes* nos dice:

[...] ordené a D. Pedro Cerviño y a D. Luis Insiarte embarcarse y levantar la carta del río Paraná y comparar sus observaciones con las que yo haría por tierra. El resultado fue no encontrar diferencia alguna. De todos los oficiales a mis órdenes, en estos dos que he citado era en los que tenía más confianza. (Azara, *Viajes*, vol. I: 39)

A continuación, Azara reconoce los territorios que solamente había avistado en oportunidad de dirigirse a Paraguay en el marco de su misión demarcadora, llegando hasta Santa Fe, distrito del que confecciona un mapa. Tenía en mente un vasto plan de trabajo pero, continúa diciendo:

[...] cuando me disponía a ir para hacer otro tanto en las provincias de Córdoba, de Salta y Mendoza y sobre los límites occidentales del Chaco y de la tierra de los Patagones, recibí una orden terminante de regresar, a causa de la guerra que teníamos con Inglaterra. (Azara, *Viajes*, vol. I: 39)

En efecto, temiendo que Portugal invadiera las posesiones españolas limítrofes, aprovechando la guerra que España mantenía con Inglaterra, se le ordena un precipitado regreso a Buenos Aires. Allí, el virrey lo destina a la Banda Oriental⁹ donde pasa los últimos meses de su estadía en suelo americano dedicado a reconocer la región, elaborar el mapa de la misma y, sobre todo, a fundar poblaciones en la frontera hispano-lusitana para detener el avance de los portugueses y, al mismo tiempo, lograr la instalación definitiva de colonos españoles que veinte años antes habían sido traídos al Río de la Plata con el propósito de poblar la Patagonia.

⁹ Nombre con que se designaba a la porción del virreinato situada al este del río Uruguay y que corresponde actualmente al país del mismo nombre.

La organización de sus viajes

De acuerdo con lo expresado por Walckenaer, cuando Azara emprendía uno de sus viajes “se proveía de aguardiente, cuentas de vidrio, cintas, cuchillos y otras bagatelas, para ganar la amistad de los salvajes. Todo su equipaje personal consistía en algunas ropas, un poco de café, un poco de sal, y para el séquito, tabaco y la hierba del Paraguay (yerba mate). Todos los que le acompañaban no llevaban otro equipaje que lo puesto” (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 15).

En contraste con el exiguo equipaje, la expedición llevaba un gran número de caballos de remuda, hasta doce por cada persona, e iban acompañados de grandes perros.

Los hombres “se levantaban una hora antes de amanecer para preparar el desayuno”. Terminado el mismo, “los soldados se destacaban para reunir los caballos, que andaban esparcidos por los alrededores [...] porque excepto los que cada uno conservaba por la noche a su lado, los otros, [...] pacían en completa libertad”. Una vez reunidos los caballos, “cada individuo soltaba el que le había servido durante veinticuatro horas, y todo el mundo formaba círculo alrededor de los caballos de recambio para evitar que se escapasen”. Uno de los soldados entraba entonces en el círculo y, con la ayuda de un lazo, cogía los animales necesarios para el viaje (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 15).

Inmediatamente se ponían en camino “dos horas después de salir el sol”. Como los lugares que transitaban estaban desprovistos de caminos, eran precedidos por un guía, buen conocedor del territorio, que marchaba trescientos pasos por delante de la comitiva, para evitar ser distraído por las conversaciones o ruidos producidos por el grupo. Lo seguían los caballos de recambio, y luego el resto de la tropa, “marchando así sin detenerse hasta dos horas antes de ponerse el sol” (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 15-16).

Para acampar, se escogía la proximidad de una laguna o riachuelo. Una vez elegido el lugar, se enviaban algunos hombres en busca de madera para quemar y otros a conseguir las vacas necesarias para comer, ya fuera entre los animales cimarrones que abundaban en muchas regiones o en alguna estancia de los alrededores. En caso de no hallarlas, empleaban las que llevaban a la retaguardia del grupo. “En algunos sitios se encontraban tatuejos en suficiente cantidad para alimentar a toda la tropa”, pero cuando se viajaba por zonas en donde no era fácil procurarse alimentos, llevaban una provisión de carne vacuna que, previamente, había sido secada al sol (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 16).

Antes de instalar el campamento, era necesario tomar precauciones contra las víboras, muy abundantes en las regiones que recorrían. “Se hacía pasear a todos los caballos en el espacio

que se iba a ocupar, a fin de aplastar los reptiles o de hacer salir a los que estuvieran ocultos en la hierba; algunas veces esta operación costaba la vida a más de un caballo”. A la hora de acostarse “cada individuo, provisto de un trozo de piel de vaca, lo extendía por tierra. Azara era el único que tenía una hamaca, que se suspendía de dos palos o de los árboles. Durante la noche cada uno conservaba su caballo al lado, a fin de poder huir de las fieras, si era necesario”. La proximidad de las mismas era anunciada por los perros, que sentían su olor desde muy lejos. (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 16).

Con frecuencia, y a pesar de las precauciones tomadas, se deslizaba en el campamento alguna víbora, ocultándose debajo de las pieles de los que dormían o pasando por encima de los hombres sin hacerles daño porque, como Azara lo explica, ninguna de ellas “ataca a nadie y no muerde más que para defenderse” cuando se considera en peligro (Azara, *Viajes*, vol. I: 153). De todos modos, Azara aconseja usar botas y extremar los cuidados porque su experiencia le ha demostrado que “los caballos y los perros no dejan de hincharse y morirse al cabo de tres o cuatro horas” de haber sido mordidos. Además, como no se conocían antídotos para el veneno de esos ofidios, casi todas las personas inoculadas con ellos morían a pesar de los tratamientos o remedios que se intentaba aplicarles (Azara, *Viajes*, vol. I: 154).

Cuando la expedición atravesaba regiones frecuentadas por indios salvajes, Azara extremaba las precauciones, marchando únicamente de noche y enviando exploradores, en distintas direcciones, para examinar los alrededores. Dos patrullas, armadas y en formación, protegían al grupo, ubicándose a ambos lados del mismo. Sin embargo, y a pesar de todos estos recaudos, Azara fue atacado muchas veces y perdió a varios de sus hombres en tales circunstancias (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 17).

Cuando nuestro viajero infatigable se detenía por algún tiempo en una región, “se hacía construir una pequeña choza de paja, para defenderse de la lluvia” (Walckenaer, cit. en Azara, *Viajes*, vol. I: 17). Para el resto de los hombres se armaban una especie de carpas rudimentarias, similares a las utilizadas por los indios charrúas, construidas con algunas ramas verdes de árboles, arqueadas y clavadas en tierra por ambos extremos, sobre los que se extendían pieles de vacunos. (Azara, *Viajes*, vol. II: 12). Indudablemente, ninguno de estos precarios refugios proporcionaba una verdadera protección contra las inclemencias del tiempo ni la voracidad de todo tipo de insectos, como bien se refleja en el siguiente pasaje, en el que Azara nos cuenta:

No me fue posible dormir esta noche, por la infinita multitud de mosquitos y pulgas. Siete veces mudé la cama de lugar, sin adelantar cosa alguna. Llovió toda la noche, y viéndome tan acosado de los viles insectos, me tendí dos veces en el campo sobre el agua, expuesto a las víboras y a toda la lluvia, y ni aún esto me

libertó de ellos. A mis compañeros sucedió casi lo mismo. (Azara, *Viajes inéditos*: 25-26)

Más adelante, en el mismo texto, continúa relatando las vicisitudes de su marcha por lugares inhóspitos:

La noche era oscura y muy nublada, y apenas habíamos andado media hora empezó a llover y entramos en un bosque de espinillos y algarrobales. Procurábamos llevar la mayor unión, tanto por no extraviarnos cuanto por miedo de los muchos tigres que hay en este bosque. Si alguno hubiese salido éramos perdidos sin remedio. Espantados los caballos nos hubiéramos hecho pedazos contra los espinosos algarrobos. [...] Íbamos poco a poco siguiendo a tientas el dificultoso y poco trillado camino. Cuando paraba uno por precisión o para componer las cargas que tropezando contra los árboles o por resbalar las cabalgaduras se caían a cada paso, todos esperábamos. El dirigir los caballos sueltos costaba bastante; no obstante todo el cuidado faltó poco para que varias veces dejase yo los ojos colgados de las espinas. Saqué, no obstante, toda la cara y manos ensangrentadas, y sucedió lo mismo a todos poco más o menos. (Azara, *Viajes inéditos*: 26-27)

Las citas que preceden nos permiten hacernos una idea más acabada de las situaciones a las que se vieron confrontados Azara y sus compañeros. Solo considerando las dificultades y peligros que representaban estos viajes, la tarea realizada por Félix de Azara cobra una dimensión mucho más importante y se tiñe de heroísmo.

De regreso en España

Estaba Azara absorbido en la tarea de poblar la frontera del este, en la Banda Oriental, cuando recibe una comunicación que le informa de la declaración de la guerra con Portugal junto con una real orden para regresar inmediatamente a España, autorización tan largamente esperada para romper su prolongado aislamiento y poder, al fin, publicar el resultado de la ardua tarea realizada durante los casi veintiún años pasados en Sudamérica.

Para evitar “las contingencias de un cruce del Atlántico en tiempos de guerra” y porque las órdenes reales establecían que debía “entregar en persona de su confianza los papeles relativos a las cuestiones de límites, y los materiales recogidos en sus observaciones”, Azara hizo depositario a Pedro Cerviño de una parte de “su correspondencia, cartas geográficas, manuscritos y demás elementos científicos” (González, 1943: LXXV).

Aun preparándose para emprender el regreso en el primer barco que saliera rumbo a España, continúa trabajando hasta el último momento. Al comprobar que “no había buena carta

del río Uruguay desde su catarata hasta el río de la Plata, [...] hizo levantar una a su costa por dos de sus oficiales” (Walckenaer, cit en Azara, *Viajes*, Introducción: 27).

Azara siempre había aprovechado todas las oportunidades y medios a su alcance para ampliar sus estudios geográficos o para redactar, comparar o rectificar las descripciones de los mamíferos y aves que se procuraba cazándolas, comprándolas o por algún otro medio. “En diversas ocasiones hizo envío de ejemplares al Real Gabinete de Historia Natural de Madrid; parte de las comunicaciones que acompañaban a estos ejemplares han sido descubiertas por D. Francisco de las Barras de Aragón en el Archivo de Indias, y otras constan en los registros del Museo de Ciencias Naturales de Madrid [...] aunque en estas últimas comunicaciones los envíos se atribuyen al virrey” (Álvarez López, 1935: 32).

En un primer momento, y a pesar del enorme trabajo realizado por Azara, su obra no obtiene el reconocimiento merecido. La mayor parte de sus escritos son destruidos por la negligencia e ignorancia de quienes los reciben y sus colecciones de pájaros son descartadas porque los nombres de los animales estaban escritos en lenguas autóctonas, porque sus textos no estaban legitimados por citas de Buffon o Linneo (a quienes Azara aún desconocía) o porque las hipótesis formuladas por Azara cuestionaban las de Buffon.

A fines de 1801, Azara desembarca en Málaga y se dirige a Madrid donde, según palabras de su biógrafo Castellanos de Losada, se presenta al rey para rendirle cuentas de su comisión y entregarle los documentos y trabajos realizados durante la misma. En esa oportunidad, relata Castellanos de Losada, “alcanzó mil merecidos elogios por lo bien que la había desempeñado, y el mismo soberano le manifestó lo satisfecho que estaba de sus importantes servicios” (González, 1943: LXXVI).

En Madrid dispone la publicación de su obra *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata*, cuya edición en castellano aparece en 1802, acompañada por una dedicatoria a José Nicolás. Al mismo tiempo publica *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros del Paraguay y del Río de la Plata*, antes de dirigirse al encuentro de su hermano, que se hallaba en París. En la capital francesa, encuentra que es conocido y apreciado por los círculos ilustrados europeos gracias a la iniciativa de José Nicolás que hizo publicar, poco tiempo atrás, *Essai sur l'histoire naturelle des quadrupèdes de la Province du Paraguay* (París, 1801), traducción francesa realizada por Moreau-Saint-Méry de un manuscrito sobre los mamíferos que Azara escribiera en 1796 y enviara a su hermano, para que éste lo sometiera al juicio de algún naturalista europeo (González, 1943: LXXVIII).

Aunque Azara experimenta una desagradable sorpresa al ver en circulación sus primitivos apuntes, escritos con anterioridad a su lectura de la *Historia natural* de Buffon, no está exento de

razón Álvarez López cuando se pregunta si, “sin esta circunstancia favorable, la labor de Azara se hubiera perdido por completo para la ciencia” (Álvarez López, 1935: 38-39).

En París visita el Gabinete de Historia Natural y se relaciona con varios naturalistas franceses. Entre las personalidades que allí conoce figura Walckenaer, a quien presta todos sus manuscritos y quien publicará más tarde, con el consentimiento de su autor, la edición de *Voyages dans l'Amérique Méridionale*, aparecida en París, en 1809, con notas del naturalista Cuvier (González, 1943: LXXX-LXXXI).

En 1802 recibe el nombramiento de brigadier de la Armada cuando, absorto en sus estudios sobre las especies animales, pensaba dedicarse de lleno a estas actividades y establecer su residencia en Roma, junto a su hermano, que se retiraba de la vida diplomática a causa de su avanzada edad. El fallecimiento de José Nicolás frustra ese proyecto y Félix decide volver a España, declinando el ofrecimiento de Napoleón Bonaparte de ocupar un puesto en su gobierno.

Rechaza también la proposición de Carlos IV de convertirse en virrey de México, pretextando el deseo de retirarse a su pueblo natal, Barbuñales. Acepta, en cambio, ser vocal de la Junta de Fortificaciones y Defensa de Indias (González, 1943: LXXX).

En esta época, Francisco de Goya pinta uno de los pocos retratos que existen de Félix de Azara (Anexo 1). No se trata del convencional retrato militar sino una obra que intenta reunir las actividades diversas a las que nuestro personaje consagró tantos años de su vida. En la misma vemos a Félix de Azara, en primer plano, con su uniforme de brigadier de la Armada y el bastón de mando. Detrás, sobre un escritorio, se superponen los libros que recogen sus estudios científicos, identificados con los títulos de “Pájaros”, “Cuadrúpedos” e “Historia Natural” sobre los que descansa el bicornio con una escarapela roja. Como fondo, aparecen unos estantes con muchas aves y varios cuadrúpedos disecados (Ansón Navarro, 1996).

En cuanto al retrato que ilustra el frontispicio de la primera edición argentina de la *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata* (texto de referencia para el presente trabajo), el mismo data de 1797 y es la representación más antigua que se conoce de nuestro autor. Fue ejecutado por un pintor desconocido, que firma su obra únicamente con las iniciales B. L. P., colocadas en el ángulo superior izquierdo de la tela, debajo del escudo de armas que identifica a Azara como marqués de Nibbiano, título heredado por Félix al fallecer su hermano José Nicolás, en 1804 (González, 1943: CI / Mones y Klappenbach, 1997: 5).

Los años siguientes transcurren para Azara en la tranquilidad de Barbuñales, disfrutando de la compañía de otro de sus hermanos, Francisco Antonio, dedicado a la realización de nuevos estudios y reformulando parte de sus escritos americanos, que se convertirían luego en la *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata* y otras publicaciones.

Sólo un acontecimiento de la envergadura de la invasión napoleónica a España lo hace abandonar su retiro en Barbuñales e, impulsado por sus convicciones liberales, apoyar la resistencia contra la invasión francesa durante la Guerra de la Independencia. Terminada ésta, y en desacuerdo con el absolutismo de Fernando VII, regresa a su ciudad natal donde redacta informes y realiza estudios para la Real Sociedad Económica Aragonesa. En 1820, al fallecer su hermano Francisco Antonio, es nombrado para sustituirlo en el puesto de regidor del Ayuntamiento de Huesca, siendo este su último cargo oficial, que desempeña hasta su muerte, ocurrida el 20 de octubre de 1821 (González, 1943: LXXXI – LXXXIII).